

LA CASTIDAD¹⁷⁹

Partiendo de una definición de la virtud de castidad, tal como se ofrece a todo cristiano, intentaremos poner de manifiesto no sólo las exigencias comunes a todos sino también las manifestaciones propias a los diversos estados: matrimonio, vida religiosa, celibato laical o sacerdotal.

La castidad es una virtud sobrenatural que el Señor nos da para engendrar hijos de Dios. Por la castidad, el cristiano, miembro del cuerpo de Cristo, está llamado a participar en el desarrollo de este cuerpo. Como lo veremos, todas las exigencias de la castidad convergen hacia este objeto primero.

Quien dice virtud, dice fuerza, dinamismo. El cristiano es casto por el poder del Espíritu Santo. La castidad es un dinamismo, es el dinamismo del amor divino que nos ha sido dado en Jesucristo. La castidad está inmersa en la caridad –es su flor– y la perfección de la caridad supone la perfección de la castidad. Si no hay más grande amor que dar su vida por aquello que se ama, precisamente por la castidad se opera en nosotros el crecimiento de la caridad, esta invitación a darnos cada día más y más “con todo nuestro cuerpo, nuestro corazón, nuestro espíritu y nuestra alma”. El dinamismo de la castidad es tal que libera y purifica con un mismo movimiento estas fuerzas vivas que hoy llamamos libido, afectividad, agresividad, para que la caridad de Cristo las anime y de esta manera la plenitud de Cristo habite en todo el cristiano.

En la medida en que la castidad nos hace crecer en la caridad de Cristo en esta misma medida la castidad manifiesta su fecundidad. Una fecundidad tal, que cuesta creer que la castidad sea su causa. Si sólo el amor humano es capaz de engendrar y llevar a la edad adulta, sólo el amor divino es capaz de engendrar hijos de Dios.

Lo que “ni la carne, ni la sangre, ni la voluntad de los hombres” puede lograr, el dinamismo del amor divino lo opera en la castidad y por la castidad. Las personas castas –“los corazones puros”– dan testimonio de la Luz y son reveladoras del amor que habita en su corazón. Viéndolas vivir y obrar en la gracia y la verdad de Cristo los hombres ven la gloria de Dios y reconocen a su Salvador. Es así que se realiza el crecimiento de la Iglesia.

Cual es la castidad, tales son las perspectivas en las que conviene situarse si se quiere comprender en qué consiste la castidad. Partiendo de la definición que acabamos de ver, intentaremos confirmar la exactitud de nuestro propósito estudiando sus incidencias y sus prolongaciones.

La castidad, manifestación del poder del Espíritu Santo

Es necesario recordar que la castidad es para la gente del mundo una cosa irrealizable, que se les presenta como un componente de mitos y de cuentos que permiten a la humanidad soñar con un paraíso perdido, con una inocencia original.

“Nada es imposible para Dios” afirma el arcángel Gabriel a María, la cual en un mismo gesto confiesa la pureza de su corazón y la bajeza de su condición. Pocas palabras bastaban a María para comprender de dónde le venía esta sencillez, esta rectitud que la animaban desde siempre, y realizar la grandeza de esta virginidad incomprensible para la gente del lugar que se escandalizaban de ver a esta joven que aún no había contraído matrimonio.

¹⁷⁹ Tradujo: Hna. María Verónica Zavalla, osb. Abadía de Santa Escolástica.

La castidad de María manifiesta la elección privilegiada del Señor a su respecto. En ella se condensa todo el amor del Señor hacia los pobres de Israel. Es este amor el que la ha hecho “santa e irreprochable a sus ojos”; María, la pobre de Yavé por excelencia, que vive en la humillación de una promesa de matrimonio todavía no realizada, en el sentimiento de una impotencia, de una inutilidad radicales, pero también en la espera de la “consolación de Israel”, en la esperanza del Salvador prometido a sus padres. De este modo, la pobreza de María esta hecha de una pobreza fundamental – ella no es nada a los ojos del mundo– y de una apertura excepcional a los designios de Dios, ella es “llena de gracia”.

La castidad de María es la expresión manifiesta del poder del Espíritu Santo. Desde el primer instante de su concepción, el Espíritu Santo estaba con ella: sin saber para que estaba destinada en el correr de los años, María crecía en la fe y en la esperanza del porvenir, aun cuando éste se presentaba tan incierto. La Anunciación revela a María el poder del Espíritu Santo que la ha dispuesto para ser la madre del Salvador. Una inversión de valores se opera en ella; a la expresión de angustia y humillación “yo no conozco varón”, responde la alegría del *Magnificat*: “Él ha puesto los ojos en la pequeñez de su sierva”. Su misma virginidad cambia de sentido: María había conservado la fe sin tener en cuenta su condición de virgen humillada, en adelante su virginidad llega a ser el signo de su castidad, de su pertenencia total al Señor. Si María es la Virgen Madre, es a causa de su castidad, de la pureza de su corazón, aceptando la bajeza de su condición, descartando todo lamento, toda demanda interesada, simplemente comulgando con la esperanza de Israel.

El ejemplo de nuestra Señora es suficientemente elocuente para hacernos comprender cómo la castidad manifiesta el poder del Espíritu Santo. Al contrario, podríamos tomar el ejemplo de la pecadora y de la samaritana. Una mirada al pasar, una conversación al borde de un pozo, son suficientes al Señor para ponerlas en la verdad de su condición y ahondar en cada una una sed ardiente del Dios vivo. Como en María, el acceso a la caridad pasa por la castidad de corazón, por ese despojo que revela a la criatura su nada y hace que se abra en la alegría a la plenitud de Cristo.

Sabemos que sólo el Espíritu Santo es capaz de operar en nosotros este cambio de valores, esta conversión del corazón, que nos impulsa a ir tras el Señor, a pesar de los desprecios y humillaciones que seguirán. No es de asombrarse que la castidad sea para el no cristiano un signo de contradicción, el escándalo que lo obliga a interrogarse. Se podrían citar muchos casos en los que la gente ha declarado espontáneamente haber sido conmovidos por la castidad de los cristianos que se habían acercado a ellos sin pensar particularmente en esta forma de testimonio.

En la medida en que el cristiano toma conciencia del poder del Espíritu Santo que ha sido derramado sobre él en el bautismo, en esta misma medida descubre un llamado del Señor para seguirle, a pesar de su debilidad y su miseria. La castidad es la conjunción de la impotencia humana y del poder divino. Por ello es la virtud de los pobres y de los pequeños, de aquellos que han comprendido que no son nada y nada pueden sin el Señor. Que un niño se lance en los brazos del Señor y se consagre a El enteramente, esto no nos debe sorprender. Quizás él no sabe en qué consiste el celibato o la virginidad, pero sabe lo esencial: que el Señor es su pastor, su fuerza. “Si no os hacéis como estos pequeños, no entraréis en el reino de los cielos”.

La castidad, virtud de crecimiento en Cristo

Del mismo modo que la castidad de María permite al Espíritu Santo operar la Encarnación, así también la castidad de la Iglesia permite al Espíritu Santo operar un nuevo nacimiento en el corazón del bautizado. Esta vida divina que despunta como un brote está destinada a crecer y desarrollarse en el mismo seno de nuestra vida humana. El cristiano está llamado a transformarse en un adulto en Cristo, una piedra viva en el edificio eclesial. El desarrollo del cristiano se deberá, pues, al Espíritu Santo que habita en él: es el Espíritu Santo quien lo pondrá en comunión con la Iglesia, con sus hermanos y con la humanidad. En esta comunión espiritual el neófito descubrirá el lugar que el Señor le reserva, en su vocación, reconociendo las exigencias de una espiritualización progresiva de todo su

ser carnal, de toda su personalidad.

El dinamismo de la castidad consiste precisamente en permitir al cristiano vivir más y más del Espíritu y en el Espíritu de amor que quiere hacer de él otro Cristo, un miembro activo de su Cuerpo. A menudo la castidad ha sido reducida a una purificación de los sentidos, purificación dirigida casi siempre de manera negativa (no ver nada, no oír nada, no sentir nada...). Ahora bien, el objeto de la castidad es comprometer todo el ser en un proceso de purificación y de espiritualización sin dejar nada de lado. “Da amantem, et sentit quod dico”: “Dame uno que ama, y él comprenderá lo que digo”; para un cristiano que se deja penetrar por la castidad de Cristo, ésta no le ofrece reparos.

Purificar nuestro ser, no es sino permitir al Espíritu Santo informar progresivamente todas nuestras facultades para que podamos devenir un hombre “espiritual”, un hombre en quien la carne es asumida por el Espíritu, vivificada por el Espíritu para hacerse cuerpo y sangre de Cristo. Cuando el Señor proclama la bienaventuranza de los corazones puros, no intenta decir otra cosa. La visión del Señor pasa por la purificación de toda nuestra personalidad –el corazón, hay que tomarlo en el sentido semítico, sinónimo de persona–. Así es como debemos esforzarnos para una conversión de la inteligencia, de la voluntad y de la memoria; en una palabra para la conversión de nosotros mismos. A menudo nos olvidamos de que no tenemos conocimiento real de nosotros mismos y de los demás si no es por Jesucristo. Como dice San Pablo, es preciso que nos dejemos invadir por Cristo cuyo Espíritu será en nosotros el principio de unificación y de comunión.

A medida que el cristiano casto se esfuerza, apoyándose en el dinamismo del Espíritu que habita en él, por comprender, conocer y obrar “espiritualmente”, en esa medida se obra en él una purificación de su personalidad: de egocéntrico, deviene cristocéntrico; a fuerza de escuchar la voz del Espíritu que surge de lo íntimo, de su conciencia, su mirada se purifica y se hace más límpida, su oído se hace más atento y más acogedor a las exigencias de los demás. Sus sentidos se clarifican y llegan a ser la puerta por la cual descubre todo un mundo que gime con dolores de parto, todo un mundo en el que obra el Espíritu. Entonces, su afectividad, su sexualidad, su libido, su agresividad, estas fuerzas vivas que se presentan sin cesar, lo queramos o no, encuentran su sentido no en una satisfacción posesiva sino en la caridad oblativa del Señor que florece en él y lo llama a participar en la obra de redención.

El objeto de la castidad es que Cristo viva en mí, que me informe y anime cada vez más y que me haga ser ese hombre o esa mujer con su historia y sus complejos, sus cualidades y sus defectos. No hay crecimiento en Cristo sin un desapego, sin un despojamiento progresivo de nuestro yo egoísta y posesivo. Este yo debe ser sacrificado, es decir, ofrecido para que todas sus potencias, purificadas en el fuego del amor divino devengan la manifestación del poder del Espíritu. La castidad consagra la muerte del yo para su resurrección en la plenitud de Cristo.

La castidad es de esta manera una virtud esencialmente positiva, un dinamismo espiritual que nos orienta hacia una plenitud de amor del Señor. Por esta razón es justo que los cristianos quieran adelantarse a esta plenitud que el Señor les ofrece, consagrando la castidad de todo su ser. Así es normal que los sacerdotes encargados de consagrar las dificultades de los hombres al cuerpo y a la sangre de Cristo, deseen por un casto celibato imitar más de cerca el gesto del Señor.

Por la castidad, la fe, la esperanza y la caridad se adhieren a todo nuestro ser. Se trata en efecto de ser fiel como el Señor es fiel, de una fidelidad que salva sin exigir retribución, se trata de ser testigo, en la pobreza y en el despojamiento, de la alegría y de la esperanza, se trata de servir y de amar llevando todo sin que represente una carga, recibiendo sin acaparar, dando y perdonando. Es así que la castidad estructura al hombre interior y lo hace acercar a una verdadera libertad de los hijos de Dios. La gente a menudo recibe un impacto por la alegría que ilumina la mirada de los cristianos de corazón puro: no se trata de una irradiación puramente humana, sino más bien de la expresión de la plenitud de Cristo que los anima.

Fecundidad espiritual de la castidad

Al tratar de definir la castidad, hemos dicho que es una fuerza divina que nos permite engendrar hijos de Dios. De hecho, si la castidad nos hace crecer en Cristo hasta el punto que nuestra carne, nuestra sangre, nuestro querer humano devienen poco a poco miembros vivos del cuerpo de Cristo, piedra viva, integrándose ellos en el plan de edificación de la Iglesia, estamos llamados a participar en el desarrollo de este cuerpo.

Esta fecundidad espiritual de la castidad concierne a todo cristiano, casado o no, y está basada esencialmente en el sacrificio. Así como la Iglesia ha nacido de la pasión y muerte de Cristo, así también todo hombre nace a la vida divina gracias al sacrificio de uno o varios cristianos en unión con el sacrificio de nuestra cabeza, Cristo. Ahora bien, la castidad es fecunda porque su dinamismo permite al cristiano entregarse a la caridad de Cristo olvidándose totalmente de sí.

En el matrimonio, “la unión casta de los esposos” se orienta hacia una renovación espiritual del uno para con el otro. La gracia del sacramento injerta el amor humano en el amor divino para que los esposos den frutos. Y los frutos serán tanto más sabrosos –para ellos y sobre todo para los demás– cuanto su unión se traduzca cada día en delicadezas, en ternura, en olvido de sí por el otro, en sacrificio. ¿Qué puede significar la “unión casta”, sino que la unión de los cuerpos debe ser signo de la unión de los corazones, y que la renuncia del cuerpo debe ser signo de una renuncia espiritual en la cual uno se entrega al otro en la pobreza y el abandono? Los frutos de la castidad de los esposos son conversión, comunión y crecimiento en Cristo; son también renovación, transformación de las relaciones del uno y del otro con el mundo que los rodea.

Por la castidad, el amor creador llega a ser redentor. A menudo se consideraba que engendrar hijos de Dios resultaba automáticamente del hecho de traerlos al mundo, olvidándose que los hijos –aún nacidos de padres cristianos– deben renacer por el bautismo, y que el matrimonio cristiano si bien es un medio privilegiado, no es el único medio de crecimiento del cuerpo de Cristo. Es notable constatar en el Nuevo Testamento, que hay una insistencia muy grande acerca de la unión de los esposos y un silencio total sobre el hijo, fruto de esta unión. La razón es que engendrar hijos de Dios tiene las mismas exigencias de castidad, que se dan en el matrimonio, en la vida religiosa o en el celibato sacerdotal y laical. En este dominio todos los cristianos están en igualdad de situación.

Para los esposos el testimonio de los cristianos no casados es un llamado constante de que es el Padre quien les envía su Espíritu para que crezcan en Cristo y para que sus hijos, alimentados con los frutos de su casta unión crezcan también en Cristo y tengan así la revelación del Espíritu del Padre. La castidad de los esposos no consiste en transformar su paternidad y su maternidad carnal en una especie de paternidad espiritual, sino más bien en una fraternidad en Cristo. La palabra sorprenderá y por lo tanto la realidad se nos impone a los que estamos llamados a ser desde ahora hijos adoptivos de nuestro Padre, y hermanos de su Hijo amado. Sabemos de los frutos amargos que trae una paternidad que se perpetúa o se impone aunque sea por motivos excelentes. “Dios solo es Padre” nos recuerda el Evangelio, y la castidad de los padres es la condición de una educación que conduce a los hijos hacia el Padre. Es una perogrullada decir que una educación ha tenido éxito cuando los hijos han logrado realizar a su vez su vocación. En la Iglesia, la educación triunfa cuando los padres y los hijos comulgan en un mismo amor del Padre, cuando los padres saben eclipsarse ante la paternidad divina, y cuando los hijos saben abandonar la casa para responder al llamado del Padre: entonces, padres e hijos se muestran como hijos de un mismo Padre.

Tal es el fruto de la castidad en el matrimonio, una castidad que compromete dos cristianos a testimoniarse mutuamente el amor de Cristo salvador y a manifestarlo en sus relaciones con los demás, particularmente con sus hijos. Compromiso y despojo, don de sí y olvido de sí, dolor y alegría del dar a luz, muerte y resurrección, la castidad se sitúa en el centro, es el lazo de la caridad que une la cepa a los sarmientos podados para dar más frutos. Tengan o no hijos, los esposos, su castidad permanece siempre fecunda porque, engendrar hijos al mundo no es el único medio de engendrar los hijos de Dios.

Ahora bien hablando a religiosos o a sacerdotes de la fecundidad espiritual de la castidad, es difícil evitar la confusión que se establece inconscientemente entre fecundidad y paternidad, como si la renuncia a la paternidad carnal incluyese automáticamente la posibilidad de una paternidad (o de una maternidad) espiritual. Desde mi humilde punto de vista, permítaseme preguntar si esta paternidad espiritual no es también “carnal”, no porque revele una necesidad de compensación afectiva sino más bien porque ella tiene en el fondo una sublimación de la paternidad carnal –situándose en una misma perspectiva– y denota un desconocimiento absoluto de la paternidad divina.

El Concilio recordó que la autoridad de la Iglesia no es paternal sino crística: los obispos son los vicarios de Cristo, servidores de servidores, responsables de la comunión en Cristo, de la fraternidad de los hijos adoptivos de nuestro Padre en Jesucristo. Apenas percibimos las consecuencias a este respecto. Podríamos empezar a dejar de lado todo un vocabulario que nos ubica en las perspectivas en las cuales el Padre de Nuestro Señor se asimila e identifica a innumerables padres espirituales. Podríamos hacer un sumario a un paternalismo y denunciar los equívocos y las ambigüedades suscitadas por la paternidad espiritual. ¿Quién no ve lo contradictorio de los términos cuando se habla de “paternidad sacerdotal”? No es posible fundar una espiritualidad sacerdotal en tal antinomia. El sacerdote es otro Cristo, a la vez por su función ministerial y por ser cristiano: no representa al Padre; como Cristo y en su nombre, en el Espíritu Santo, él realiza los mismos gestos que conducen al Padre por la imitación de su Hijo, lo cual es una perspectiva completamente diferente. ¿Qué decir de una paternidad espiritual cuando la ejercen célibes que han querido precisamente consagrar todo su ser al servicio del Señor y de quienes la Iglesia espera que sean testigos de una fraternidad en Jesucristo? La historia de la Iglesia nos muestra que los grandes movimientos espirituales que han traducido una voluntad de renovación bajo la inspiración del Espíritu Santo, se han manifestado todos bajo el signo de la fraternidad de vida evangélica: “hermanos” y “hermanas” en el siglo XIII; “compañeros” y “compañeras” en el siglo XVI, “hermanitos” y “hermanitas” en nuestra época. La elección deliberada de estos vocablos, ¿no habrá tenido alguna significación?

Algunos pondrán como objeción la maternidad de María y de la Iglesia de las cuales derivaría una maternidad espiritual. Esto es olvidar que no somos ni María ni la Iglesia. La maternidad carnal de María halla su realización como maternidad espiritual a los pies de la cruz, donde nos encontramos junto a san Juan. La maternidad espiritual de la Iglesia nace en María en el Calvario por la expresa voluntad de Cristo. Ya se trate de la Iglesia o de María –figura personificada en aquella– su maternidad espiritual se nos revela por Cristo no para tomar ejemplo de una maternidad espiritual que se nos ha dado, sino más bien para manifestar que nuestra filiación adoptiva, querida por el Padre, es el fruto de la unión, realizada en la muerte y la resurrección, de Cristo y de la Iglesia.

Por lo demás, no encontramos ningún rastro de maternidad o de paternidad en el Nuevo Testamento. El Señor insiste acerca del Padre –“mi Padre y vuestro Padre”– el Padre que es único, que nos ama y por quien es necesario dejar al padre y a la madre. San Pablo y san Juan, que se hubieran podido adjudicar una cierta paternidad sobre aquellos que habían engendrado en Cristo, se cuidan muy bien de caer en esta tentación. Los neófitos son para ellos los “filioli”, es decir los hijitos del Padre y no sus propios hijos, como lo da a entender el texto. Todo apóstol en cuanto tal, se considera a sí mismo – como san Juan y san Pablo– hijo, hermano mayor, encargado de guiar los primeros pasos de los neófitos.

La fecundidad espiritual de la castidad no tiene nada que ver con una paternidad o maternidad espiritual. Ni santa Teresa del Niño Jesús, ni santa Teresa, ni Carlos de Foucauld han tenido tales pretensiones. Pero ¿quién les podría negar una paternidad espiritual auténtica? La experiencia muestra que esta noción de paternidad espiritual es siempre ambigua y, tanto para el padre como para los hijos espirituales, es un pensamiento esterilizante. El malestar que experimentan los laicos un tanto vigorosos ante la idea de una paternidad espiritual nos tendría que alertar. La repulsa tan general de la dirección espiritual muestra a las claras que esta dirección había tomado un sabor más paternal que fraterno.

Ahora bien, la castidad da al testimonio esa fuerza que consiste en no ser más que testigo, esa inteligencia y esa sabiduría espirituales que consisten en revelar al otro a Cristo que vive en él y tender a eclipsarse poco a poco ante Cristo que crece en él.

“Es menester que Él crezca y yo desaparezca”, tal es el secreto de la verdadera fecundidad espiritual. El maestro espiritual auténtico, como Juan Bautista y tantos otros de corazón puro, se contenta con mostrar al Cordero de Dios y abrirle camino; su alegría es ver que sus discípulos lo abandonan para seguir al Señor. Que la condición de la perseverancia en Cristo de sus hermanos más jóvenes sea que él desaparezca en el sufrimiento y la muerte, será un desprendimiento doloroso a ejemplo de su Señor. El arresto y la decapitación de Juan Bautista ¿no fueron acaso condición para que los discípulos se ligaran más a Cristo? Y el mismo Señor dirá: “Conviene que me vaya”. La mejor prueba de la fecundidad espiritual de la castidad es oír decir: “No es por lo que tú nos dices que creemos, nosotros mismos lo hemos oído y sabemos que El es verdaderamente el salvador del mundo” (Jn 4, 42). Es tal el dinamismo de la castidad, que arrastra al cristiano al sacrificio de todo su ser sin exigir nada de sí ni del otro.

Por razones pedagógicas, san Pablo recuerda en varias ocasiones los sufrimientos que ha soportado por el crecimiento del cuerpo de Cristo. Habla de un “parto” doloroso, pero insiste en que se trata de un dar a luz en Cristo de quien él es el último de los discípulos. Es el poder del Espíritu el que permite esto y el que hace clamar al bautizado regenerado en Cristo: “¡Abba! ¡Padre!”, y no “Pablo” o “Apolo”.

La castidad es fecunda porque hace del cristiano el amigo del Esposo y de la Esposa, el invitado a las nupcias de Cristo con su Iglesia. El no es ni esposo ni esposa, no es la luz, es el testigo llamado a las nupcias para dar testimonio de la luz, es el mensajero enviado por el Espíritu a través del mundo para difundir la invitación a las nupcias, es la virgen prudente y fiel a la Luz en las tinieblas, dispuesta a levantarse al menor llamado para ir al encuentro del Esposo y acompañarlo a la sala del festín.

“Bienaventurados los puros de corazón, porque verán a Dios”

La castidad es la caridad de Cristo que penetra y anima poco a poco todas las fibras de nuestro ser. Al hombre carnal lo sustituye gradualmente el hombre espiritual, el hombre purificado en el fuego del amor divino que lo va invadiendo cada vez más. Lo que constituye el atractivo de las personalidades castas, es que parecen –y así es efectivamente– estar en marcha hacia el Reino, tener acceso a él.

La significación escatológica de la castidad encuentra precisamente su fuente en la plenitud de la caridad que ella manifiesta. Sabemos, con san Pablo, que la caridad no pasa. Este dinamismo del amor divino que es la castidad tampoco pasará. Más aún, por la castidad los lazos de la carne y de la sangre devienen lazos espirituales: “No hay judío ni griego, libre ni esclavo, no hay hombre ni mujer, somos todos uno en Cristo Jesús” (Ga 3,28).

Así que, desde ahora el cristiano está llamado a anticipar el Reino: más allá de los lazos carnales que unen a los esposos existe un lazo de caridad que los une en Cristo e invita a ambos a hacerse amigos del Esposo, hermano y hermana del Señor por el poder del Espíritu Santo. Pero entendámonos bien; la unión casta de los esposos no tiene por fin esencial hacerlos vivir como hermano y hermana según la carne –lo cual no les exige el Señor– sino que tiende a hacerlos progresivamente hermanos según el Espíritu, anticipando así el Reino donde no habrá esposo ni esposa. En este camino hacia la perfección evangélica la santidad del matrimonio toma ejemplo y apoyo en la perfección de la castidad consagrada.

El cristiano que consagra todo su ser al Señor por el voto de la castidad renuncia a ser esposo y esposa, padre o madre, hijo o hija; el único lazo que acepta es el de la caridad de Cristo que lo une a todos los hombres. Él es y desea ser el “hermanito universal” según la expresión del Padre de Foucauld. Anticipa el Reino y se orienta enfocando toda relación con el mundo en la perspectiva de una reunión

total en Cristo resucitado. Ese proyecto de estar por el poder del Espíritu en comunión con Cristo que vive en los hombres, lo realiza compartiendo y poniendo todo en común, no haciéndose sino un corazón y un alma con las aspiraciones de los que lo rodean. Él es el testigo de la esperanza de los hombres en una fraternidad, es el testigo de la promesa del Padre realizada en Cristo y que se cumple cada día en la caridad. Tal es la función profética de estos hombres y de estas mujeres que, oyendo el llamado del Señor a seguirlo en la castidad consagrada, se constituyen espontáneamente en fraternidades en el tiempo y en la eternidad.

El alcance escatológico de la castidad se manifiesta igualmente en los cristianos que han permanecido célibes para un servicio más exclusivo de la Iglesia o de la sociedad. Ya sean sacerdotes o laicos, la fuerza y la seriedad de su compromiso son un signo del Espíritu que habita en su corazón. Su castidad, que algunos tendrían tendencia a ver bajo su aspecto negativo como una simple abstención de relaciones sexuales, está a la medida de su caridad y de su fidelidad en el ejercicio de su función. Ellos son testigos de la esperanza de una humanidad regenerada en Cristo, siendo en el sacerdocio puentes entre Dios y los hombres, y en el laicado creadores de lazos políticos, económicos y sociales.

Si la castidad permite a los cristianos anunciar y anticipar el Reino, es porque pone de relieve el respeto debido a Dios y a toda su creación. Según el Evangelio no hay mayor alegría para un corazón puro que ver a Dios. El respeto es la mirada de amor y de alegría que Dios dirige a su creación. El Evangelio nos revela la mirada del Padre que se posa sobre su Hijo el día de su Bautismo. Toda la vida del Señor es una enseñanza de la manera cómo debemos mirar a todo hombre, a ejemplo suyo.

Nos ha sido dado el Espíritu que purifica nuestra mirada y nos ayuda a ver a los hombres y al mundo como los ve Dios. Es necesaria una mirada simple y nueva para admirar las maravillas de la naturaleza y alabar al Creador. Es necesario un continuo desprendimiento para descubrir las maravillas que el Espíritu Santo no cesa de realizar y suscitar en el corazón de los hombres. Es necesario un despojamiento de nuestro yo carnal, una atención constante a las manifestaciones del Espíritu para vivir y obrar en la gracia y en la verdad de Cristo.

Se reconoce al corazón puro, a la personalidad casta en la delicadeza y en la agudeza de su mirada que, más allá de las apariencias, entrevé lo esencial, y revela al mismo tiempo la fuente que no se agota nunca. Este respeto de lo mejor de sí mismos que se comunica a los demás, es un signo del fuego que arde y brilla en el corazón del hombre casto. A la luz del fuego del amor divino va hacia los hombres, y los hombres ven a su luz la gloria de Dios y reconocen al Salvador que los mira y los llama a cada uno por su nombre.

Llama viva de amor, esplendor de la caridad, la castidad es reveladora de la belleza de los seres y de los hombres, del Esposo y de la Esposa, es decir, de Cristo y de la Iglesia. Es en y por la castidad, que el amigo del Esposo realiza las obras buenas y bellas que el Esposo había dispuesto para adornar a la Esposa. Por el poder del Espíritu el hombre de corazón puro se hace capaz de ver y de oír a Cristo presente en la Iglesia y en el mundo, y de participar en su obra de salvación. Como lo repite san Juan: no hay mayor alegría para el amigo del Esposo. Y esta alegría irradia como la luz al amanecer; todos los recursos de la cultura y de la ciencia contribuyen a manifestar a los hombres la belleza y la bondad inagotables de nuestro Creador y Señor. Los hombres saben por instinto que es necesario un cierto estado de gracia para realizar una obra maestra que sea comunión en la belleza, y sólo aquellos que tienen una mirada suficientemente despojada saben descubrir desde su nacimiento la obra eterna, en la cual los hombres de cualquier lugar de hoy y de mañana, comulgan en un mismo amor de gracia y de verdad.

La castidad embellece todo lo que ve, todo lo que oye y todo lo que toca: a su contacto todo toma una apariencia de resurrección y de eternidad, “he aquí que hago nuevas todas las cosas”. A su contacto el hombre nuevo se yergue en la eterna juventud de la Iglesia y de su celestial Esposo, y corre por el mundo a anunciar la buena nueva: “Venid, la fiesta está preparada, el Maestro os espera”.

Tales son las perspectivas aportadas por la castidad, perspectivas de unión total a Cristo en la fe, la

esperanza y la caridad, perspectivas de anticipación y de anuncio del Reino perspectivas de revelación y de visión de las bodas del Esposo y de la Esposa Se comprende, pues, por qué san Pablo y sobre todo san Juan, el discípulo que Jesús amaba, no han titubeado en comprometer a los cristianos en este camino real de la castidad donde nada-plenitud, noche-luz, muerte-resurrección se unen en antinomias para manifestar la gloria de Dios.

En estos tiempos los hombres de toda raza y de toda condición buscan con una divina impaciencia el vestido bautismal que les dará acceso al banquete. A los cristianos de hoy les compete ser los testigos de la luz, los amigos que allanan los senderos y preparan la venida del Esposo.